

ADIÓS A HEIDEGGER. IN MEMORIAM FRANCO VOLPI

En plena guerra mundial el filósofo alemán Martin Heidegger, afiliado al partido nacionalsocialista desde el 1 de mayo de 1933 y militante hasta que acabó la contienda, preparó para el semestre de invierno de ese curso (1941–42) un monográfico con el título *La metafísica de Nietzsche*. Lo podemos encontrar en el *Nietzsche*, vol. II, publicado en España en el año 2000 y cuya traducción está basada en la edición alemana de 1961, edición “hecha” por el propio filósofo. Al respecto, la investigación de Emmanuel Faye (*Heidegger. La introducción del nazismo en la filosofía*, 2009 en español) ha demostrado tal cúmulo de falsificaciones, añadidos y sustracciones respecto del original que parece mentira. Este trabajo de Faye es demoledor de las esperanzas filosóficas que se tenían puestas en el pensamiento heideggeriano como “salvador” de la crisis de Occidente; incluido tanto el problema (del ser técnico) del cambio climático como la apertura a un verdadero “humanismo” de los pueblos frente a la aberrante abstracción de unos ilustrados Derechos Universales del Hombre. Pero, ¿y su nazismo?; ¿y su defensa de Hitler como el futuro del pueblo alemán de hoy (1933) y de mañana?; ¿y su público y filosófico elogio del partido nazi que lleva a cabo en la *Introducción a la metafísica* de 1935 y repite (en 1953! añadiendo —entre paréntesis— que la grandeza del nazismo hay que encontrarla en el contacto del hombre con la técnica moderna? A diferencia de Platón, a propósito del cual casi todos coincidimos en lo difícil (y absurdo) que sería pensar en su *República* al margen de la política; por ejemplo, no querer ver cierta relación entre los tres tipos de alma y la estructura jerárquica de la sociedad de las Ideas, o bien, creer que la crítica a los sofistas nada tiene que ver con la Atenas proyectada por Pericles para una sociedad más libre y justa. Sin embargo, en el caso de Heidegger esto no cuenta. Debemos, se sigue exhortando, olvidar el nazismo de Martín y concentrarnos en la profundidad filosófica de Heidegger.

Pues bien, en *La metafísica de Nietzsche* y punto cuarto: *El superhombre*, afirma el gran pensador lo siguiente: “Lo clásico de este darse forma del hombre que se toma a sí mismo en sus manos consiste en el simple rigor de simplificar todas las cosas y todos los hombres en algo único: el incondicionado dar poder a la esencia del poder *para el dominio sobre la tierra*. Las condiciones

de este dominio, es decir, todos los valores, son puestos y llevados a efecto por medio de una completa “maquinalización” de las cosas y por medio de la selección del hombre”. Esta brillante idea concluye con la siguiente exigencia jurídica: “Sólo cuando la subjetividad incondicionada de la voluntad de poder se ha convertido en la verdad del ente en su totalidad es posible, es decir, metafísicamente necesaria, la institución [*Prinzip*. Cursiva de Heidegger] de una selección racial [*Rassenzüchtung*], es decir, no la mera formación de razas que crecen por sí mismas sino la *noción* de raza que se sabe como tal. [Así como la voluntad de poder no es pensada de modo biológico sino ontológico, así tampoco la noción nietzscheana de raza tiene un sentido biologista sino metafísico]” (Heidegger 2000a, pp. 249 y 250). Lo que va entre corchetes es un añadido para la edición de 1961. Es muy posible que alguien le señalara al filósofo que la idea era muy fuerte: seguir defendiendo la selección racial después de la guerra. Y no pocos investigadores se siguen aferrando ahí para demostrar las bondades que Heidegger ocultaba ante los nazis desde su resistencia espiritual. Pero están completamente equivocados o, como afirma George Steiner, “ya prefieren seguir ciegos”. En efecto, si Heidegger hubiera dejado la selección racial en manos de Darwin hubiera sido expulsado de la universidad no por judío, obviamente, sino por profesar una ciencia liberal, la biología, que aún nos sigue recordando la contingencia del ser humano frente a esa voluntad de poder del “destino histórico” del ser.

No le pido al lector que se rompa la cabeza intentando resolver este problema. Pero, dirá un comerciante, un abogado, una doctora, una agente de tráfico, una periodista, ¿y qué tiene que ver la ontología y la metafísica con la selección racial? Creo que los que nos dedicamos a esto tenemos la obligación de dar la cara en vez de mirar hacia otra parte como si no hubiera pasado nada. Pero, todo lo contrario, nos atrincheramos en nuestros impecables y lineales currícula porque, aunque amantes de la sabiduría, el ensayo de autocrítica está muy bien siempre que lo hagan otros. Este, desde luego, no es el lugar; sin embargo, fue gracias a un excelente comentario de Mario Vargas Llosa a los libros de Víctor Farias y Hugo Ott por lo que el gremio despertó, si no del sueño dogmático, al menos del cómodo silencio académico imperante. El escritor sencillamente, nada más y nada menos, centraba el problema que los propios filósofos no estábamos dispuestos a discutir: “¿Debemos aceptar,

so pena de ser considerados unos inquisidores, esa cesura infranqueable entre el hombre y la obra? ¿No hay, pues, relación entre lo que un filósofo piensa y escribe y lo que hace? ¿Es la excelencia intelectual una suerte de salvoconducto que exime de responsabilidades morales? Parece que sí, por lo menos en nuestro tiempo. Y algunos consideran que esto es una gran conquista del espíritu, pues impermeabilizar la filosofía (o la literatura o el arte) de la moral es garantizarle la libertad, abrirle las puertas de la renovación permanente, inducirlo a todas las audacias. Pero ¿y si fuera al revés? ¿Si disociar de esa manera tan tajante lo que leemos de lo que hacemos, fuera quitar todo valor de uso a la palabra escrita y apartarla de la experiencia común, ir empujándola cada vez más fuera de la vida, hacia la frivolidad o el juego irresponsable? Tal vez esa actitud tenga mucho que ver con la terrible devaluación que en nuestra época experimentan las ideas, con lo poco que significa hoy la filosofía para el común de las gentes (pese a haber tantos profesores de filosofía) y con los puntos que a diario pierden los libros en la batalla que tienen entablada con las imágenes de los medios” (“Führer Heidegger”).

Pero es que, en el caso de Heidegger, esa cesura se ha vuelto imposible de seguir defendiendo. La relación que junta a la “metafísica” y “ontología” con la “selección racial” es inherente a la obra. Es decir, que su forma de actuar política es una consecuencia de su propia interpretación de la metafísica y ontología. En la “Introducción” a *La metafísica de Nietzsche* nos explicó cuál es la metodología en la que se basa para interpretar de esta forma a Nietzsche. Y escribió: “El intento siguiente sólo puede pensarse y seguirse desde la experiencia básica de *Ser y tiempo*” (*Nietzsche*, vol. II, p. 211). Es el propio filósofo quien une la necesidad legislativa de una selección racial —que el III Reich ya lleva a cabo desde el *Führerprinzip* de 1933 y culmina con las Leyes de Nuremberg de 1935— con la idea nietzscheana del *Übermensch* (el superhombre). Y ahora ya no valen discusiones bizantinas sobre el primer o cuarto Heidegger; ni si se adecua correctamente su interpretación con lo que decía Nietzsche en el §218 de *El caminante y su sombra*, vol. II. No, nuestro problema está en que lo que parecía mentira es verdad: el holocausto tiene su propia filosofía de la existencia y se encuentra en la obra maestra del, dicen, mayor pensador del siglo XX.

¿Por qué a Franco Volpi? Por su lucidez y valentía. Su última conferencia dada en Santiago de Chile en 2008, un año antes de morir atropellado en su bicicleta, lleva el título de *Goodbye Heidegger! Mi Introducción censurada a los Beiträge zur Philosophie*. En lo que algunos ya han denominado como un ataque último de lucidez, este gran conocedor de Heidegger hace un ensayo de autocrítica y desvela, desde las propias filas heideggerianas, el secreto a voces: “Heidegger rechaza la racionalidad moderna con el mismo gesto sometido con el que reconoce su dominio, protesta contra la ciencia que “no piensa” en sus límites, demoniza a la técnica fingiendo aceptarla como destino, elabora una visión catastrófica del mundo, arriesga tesis geopolíticas al menos aventuradas —Europa amordazada entre americanos y bolcheviques—avivando el mito greco-germánico de lo originario que hay que reconquistar. También sus geniales experimentaciones se encogen y adoptan cada vez más el aspecto de funambulismos, incluso de vaniloquios. Su uso de la etimología se revela abusivo (*Varro docet*). La convicción de que la verdadera filosofía puede hablar únicamente en griego antiguo y en alemán (¿y el latín?) se muestra hiperbólico. Su celebración del rol del poeta, una sobrevaloración. La esperanza puesta por él en el pensamiento poetizante, una ilusión piadosa. Su antropología de la *Lichtung*, en la que el hombre tiene la función de pastor del Ser, una propuesta inacabable e impracticable. Enigmático no es tanto el pensamiento del último Heidegger, sino más bien, la admiración servil y a menudo carente de espíritu crítico que se le ha tributado y que ha producido tanta escolástica” (*Actas del I Congreso Internacional de Fenomenología y Hermenéutica*, p. 62).

Heidegger, “el druida de los nazis” (la expresión es de P. Bourdieu), nos embaucó haciendo pasar por filosofía lo que no es ni puede serlo: explicaba a sus alumnos de Friburgo y otras universidades alemanas, así como en Roma en 1936, y haciendo gala de su grandeza especulativa como el mayor ventrílocuo del siglo XX, que el sometimiento nacionalsocialista del pueblo alemán (sometimiento querido por numerosos intelectuales) a la racionalidad técnico-burocrática con la que la voluntad de poder producía tanto el “final” de la filosofía como la total “despersonalización” de los seres humanos al servicio del “arquetipo”, en realidad no era una esclavitud que ponía en marcha la selección racial y a nivel mundial, sino el “destino” impreso en el propio “ser” de Alemania como “pueblo metafísico”. Y, de ahí, que la selección

racial no fuera biologicista sino una consecuencia geopolítica de la experiencia ontológica de *Ser y tiempo*.

Referencias

- Actas del I Congreso Internacional de Fenomenología y Hermenéutica*, Universidad Andrés Bello, Santiago, 2008.
- Faye, E., 2009, *Heidegger: La introducción del nazismo en la filosofía*, Akal, Madrid.
- Heidegger, M., 2000a, *La metafísica de Nietzsche*, Ediciones Destino, Barcelona.
- , 2000b, *Nietzsche*, 2 vols., Ediciones Destino, Barcelona.
- Nietzsche, F., 2003, *El caminante y su sombra*, 2 vols., EDIMAT, Arganda del Rey.
- Vargas Llosa, M., 1993, "Führer Heidegger", *El País*, Madrid, 5 de septiembre.

JULIO QUESADA MARTÍN
Instituto de Filosofía
Universidad Veracruzana
Universidad Autónoma de Madrid